

El oído del silencio

Juan Ángel Juristo

Uno de los gestos recurrentes de la modernidad literaria consiste en rastrear las emociones del origen. La actitud se remonta al descubrimiento del paisaje como escenario de grandes perspectivas, no hay que olvidar que esto se produce con la conciencia de la inmensidad de la naturaleza americana, pero también coincide con cierto exacerbamiento de los sentidos respecto a las cosas pequeñas. Hay, así, una continuidad de esa actitud que puede rastrearse en la rosa de Novalis, en los años salvajes del idealismo trascendental, y, luego, en la sombra simbólica de la rosa de Rilke hasta llegar, por meandros curiosos de rastrear, hasta los *objets trouvés* de clara ascendencia surrealista y, ya en la posguerra, tiempo de adelgazamiento y mirada ética, a las enmarcadas hojas otoñales de Joseph Beuys, impregnadas ya de las enseñanzas del orientalismo *zen*. Este gesto recurrente, que parecía haberse difuminado en los años del pastiche posmoderno, habitaba enclaustrada en una discreción que no ahorraba la intensidad poética más afilada. En esos magníficos diarios epigramáticos de Peter Handke, *Ayer, de camino*, hallamos este gesto mediante el acto de la andanza errante por el mundo, un escenario que se confunde a veces con la búsqueda de la sensación habida en la infancia rural del autor, sus recuerdo campesinos, pero también por una conciencia de que sólo intentando retornar a la sensibilidad de un origen irremediabilmente perdido podemos entender de modo exacto y justo el mundo. En Handke, esa búsqueda en lo rural le lleva, en un ejercicio de coherencia extrema, a encontrar la identidad de lo humano en las figuras del románico. Es un caso de aguda conciencia centroeuropea. En otros ámbitos, sobre todo el latino, ese

Menchu Gutiérrez: *Decir la nieve*. Editorial Siruela. Madrid, 2012.

gesto recurrente adopta otras formas, donde lo rural parece no tener cabida.

Menchu Gutiérrez, por ejemplo, en su último libro, *Decir la nieve*, uno de los textos más bellos que me han sido dados a leer en los últimos tiempos, se enfrenta al hecho de escribir sobre la nieve. Y lo hace desde una manera de decir absolutamente moderna, es decir, consciente de los límites que ese decir conlleva. Ser consciente de esto significa adoptar una postura de clara raíz fenomenológica, una raíz que sólo puede expresarse a través de la metáfora. Pero conviene decir que todo esto está conveniente solapado en el libro, aunque no oculto. Así, este puede tomarse, en una lectura superficial, como un decir erudito sobre la nieve. Los autores que cita Menchu Gutiérrez resaltan al modo de una panorámica de la excelencia cultural: desde Yasunari Kawabata, hay que decir que los japoneses están muy presentes en este libro como no podía ser de otra manera porque para la autora la cultura japonesa mantiene una sensibilidad muy intensa, casi cortante, sobre el entrenamiento de los sentidos, hasta Robert Walser, en el libro se adjunta una foto del cadáver del escritor en medio de la nieve de una belleza extraña, insólita, inquietante, pasando por Rilke, Dostoievski, Guy de Maupassant y sus cuentos nevados, Marina Tsvetáieva, Tolstoi, Antonio Gamoneda, los hermanos Grimm, René Char, Morton Feldman, Inoué Yasushi, Mirolad Pavic, Danilo Kis, Saint John-Perse, Tanizaki, en fin, Blancanieves, personaje que abre el libro porque es «hija misma de este elemento», en palabras de la autora. Si la nómina de escritores citados, aparte de algún músico y más de un artista plástico, cómo no Hokusai y su serie de Uyiko-e del Monte Fuji, puede abrumar en un primer momento y hacer creer que nos encontramos ante una especie de ensayo sobre lo que en el arte se ha escrito o plasmado sobre la nieve, lo cierto es que este libro se mueve en una órbita, tanto en sus intenciones como en aquello que realiza, radicalmente distinta de esa actitud. En este sentido bien podría decirse que el libro puede ser aquilatado como una metáfora de la nieve a través de citas tomadas del mundo del arte. Esta manera de enfocar el asunto parte, en su más clara acepción fenomenológica, de los *Passagen Werk*, de Walter Benjamin y del mundo descifrado gracias al desvelado producido por un entramado pertinente de citas.

Walter Benjamin, en una actitud baudeleriana, radicalmente distinta a lo que aquí se propone, desvela el laberinto fantasmagórico del imaginario de la ciudad decimonónica. Con esta enseñanza, Menchu Gutiérrez se enfrenta a revelar un fenómeno atmosférico tenue, sutil, cuya duración, mejor dicho, su falta de la misma desde el instante mismo en que se produce el fenómeno, es decir la cristalización, sólo puede explicarse como una metáfora del mundo.

En el libro de Menchu Gutiérrez no existe el mundo rural, tampoco el urbano. No hay referencias concretas, sacadas de un realismo de corte descriptivo. Tampoco atisbos de que adquiramos conclusiones más o menos convincentes o fundadas sobre el decir de la nieve. No. La postura es tener sólo en cuenta el fenómeno, aislarlo, y verlo desde las acepciones más discretas, más hirientes respecto a nuestra sensibilidad y, de esta manera, aprehender la cosa. La postura puede recordar algunas escenas sacadas de las enseñanzas *zen* pero también se halla de manera profusa y magníficamente trabada en ciertos pasajes de Heidegger referentes al mundo del arte, en especial las páginas dedicadas a los zapatos de campesino dibujados por Van Gogh. Pero lo que en Heidegger es un brutal despliegue de rigor filosófico, en Menchu Gutiérrez quiere resolverse en una plasmación del origen a través de la emoción, del despliegue de esa emoción visto a través de las citas, como una estela impresa de excelencia probada. Pero hay más. El libro contiene fotografías, se abre con una muy pertinente sobre un cristal de nieve, donde se da cuenta de la plástica que el fenómeno meteorológico conlleva, y se cierra con la instantánea de la muerte de Robert Walser tendido en la pradera nevada. Las fotos son una invitación a la contemplación de las imágenes, no sólo a la lectura de citas sobre el decir de la nieve. Imagen y escritura como dos modos de enfrentarse a la cosa. En ello compruebo la influencia que la cultura japonesa ha tenido en la manera de concebir este libro. Hay en él una invitación tácita a la contemplación intensa y exacerbada de la nieve, al modo (la imagen está citada en el libro), a la salpicadura de la sangre en una superficie nívea. Esa invitación lleva a una contemplación aislada del fenómeno respecto a aquello que le rodea. Es un modo de acercarse al conocimiento de la nieve, como hay otros, y la autora parece

haber apostado por él. Pero el acierto mayor del libro no se halla en este tipo de cosas, con su sutil apreciación, sino en el modo en que Menchu Gutiérrez desliza su particular manifestación sobre el fenómeno que hasta entonces ha tratado a través de citas de los otros. Cuando uno acaba de leer el libro tiene la sensación de que cada cita ha actuado al modo de un copo de nieve lanzado a la página en blanco. El resultado final semeja la superficie nevada resultante de la acumulación de los diversos copos. Es una sensación que al lector no se le escapa si quiere dar un sentido cabal a aquello que ha leído. El libro bien puede decirse que actúa como un hechizo, algo que hubiera alegrado a Nabokov, para quien el arte no era más que un oficio de encantamiento. En rigor es esto ©